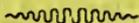


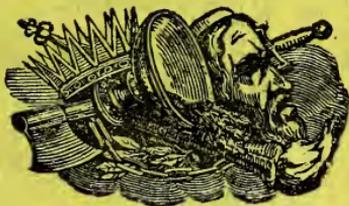
# EL TEATRO.

COLECCION  
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.



DONDE MENOS SE PIENSA...

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.  
1861.

# CATALOGO

## de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

### EL TEATRO.

Al cabo de los años mil..  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobelza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barometro conyugal.  
Bienes mal adquiridos!

Corregir al que verria.  
Canizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Cómo se empuñe un marido!  
Con razon y sin razon.  
Como se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Los hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El Niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el mirinaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El Licenciado Vidriera.  
¡En crisis!!!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio publico.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada dia.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médicis.  
Ilusiones de la vida.)

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.  
Los Amantes de Chinchon.  
Lo mejor de los dados...

Los dos sargentos españoles.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero

La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los Amantes de Teruel.  
La verdad en el Espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitanilla de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La ninfa Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La Cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (aley  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda centenaria.  
La peor cuña.  
La choza del almadreno.  
Los patriotas.  
La peor cuña.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento...

Llueven hijos.

Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbarano.  
Marta y Maria.

# DONDE MENOS SE PIENSA...

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. LEOPOLDO HERRERO Y ARANA.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el teatro del  
Príncipe en la noche del 6 de Abril de 1861.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.  
1861.

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

JUAN PEREZ.....	D. PEDRO DELGADO.
EL CONDE DEL CLAVEL.....	D. JUAN CASAÑÉ.
ALFREDO.....	D. MANUEL PASTRANA.
TORIBIO.....	D. JOSÉ ALISEDO.
ADELA .....	DOÑA CONCEPCION MARIN.

---

*La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*

*Los corresponsales de la galeria dramática y lirica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

*Queda hecho el depósito que exige la ley.*

---

## ACTO UNICO.

El teatro representa una sala de casa de pueblo, adornada con cierto lujo: á la izquierda una chimenea francesa, en el centro un velador, en el fondo una puerta principal y á cada lado una ventana grande: á la derecha una puerta, que conduce á las habitaciones interiores.

### ESCENA PRIMERA.

TORIBIO, dormido, ADELA, entrando por la puerta de la derecha. En el momento de alzarse el telon, una lamparilla colocada sobre el velador dá sus últimas llamaradas, de modo que la habitacion aparece por intervalos casi á oscuras. Toribio está sentado y dormido en una silla colocada en medio de la puerta del fondo.

ADELA. (Sin reparar en Toribio.) Es ya muy tarde; hace rato que ha comenzado á amanecer... El Conde debe estar ya despierto... Y este pobre Toribio, que habrá pasado toda la noche ahí fuera haciendo centinela... Con un tiempo tan frio... ¡Pobre hombre! Voy á decirle que entre y que se acueste. (Al dirigirse á la puerta del fondo observa la situacion de Toribio.) ¡Calla, está aqui! ¡y dormido como un leño! (Sacudiéndole.) ¡Toribio! ¡Toribio!

TOR. ¿Quién vá? (Medio despierto.) Repito á usted, señor sargento, que aqui no se oculta ningun Conde.

ADELA. ¡Silencio, bárbaro!

TOR. ¡Ah! ¿quién ha dicho mi nombre? ¿Es usted, mi ama?

:

(Levantándose.) Yo creía...

ADELA. ¿Es así como guardas la puerta de la quinta? ¿No sabes que tenemos al Conde oculto en casa, y que de un momento á otro puede venir la Guardia Civil en su busca?

TOR. Yo sé lo que la señorita me ha contado cuatro veces desde ayer; que un demontre de un desafio le ha obligado al señor Conde á salir á uña de caballo de Madrid, y á buscar un refugio en esta casa. Tambien sé que un amigo suyo se ha escondido en la quinta de la marquesa del Soto, que está ahí cerca. De todos modos es una droga que el señor Conde no haya encontrado una casa mas á propósito que esta, y que haya venido á buscar en ella un escondite cuando el amo está fuera.

ADELA. Tienes razon en eso, y yo soy la primera que siento que no estando Juan en casa se nos haya encajado un huésped tan peligroso. Pero ¿qué querias que hiciera? Ya sabes lo mucho que debo á su madre: todas las tierras que labramos pertenecen al Conde. Lo malo seria que algun vecino...

TOR. Tranquilícese usted, mi ama: lo que es eso yo respondo que nadie sospecha siquiera... Toda la noche he estado de guardia, y á un mosquito que al pasar se hubiese parado delante de la puerta, le hubiese gritado: «¿quién vive?»

ADELA. Sin embargo, cuando yo he llegado...

TOR. ¡Oh! entonces estaba ocupado en pensar...

ADELA. ¿Con los ojos cerrados?

TOR. Para evitar distracciones... es el mejor medio.

ADELA. En fin, Toribio, ¿estás seguro de que el Conde no se ha levantado todavia?

TOR. ¿Levantado?... Pues qué, ¿no lo hubiese yo sentido? (El Conde aparece en el dintel de la puerta.) Cuando uno está acostumbrado á pasar las noches en vela... ¿No sabe usted que yo he hecho muchas veces centinela?

ADELA. ¿Tú?

TOR. Yo, si, señora, cuando fui voluntario realista. Asi es que tengo desde entonces un oido tan fino, que si el Conde se hubiese movido siquiera, lo habria advertido en seguida.

## ESCENA II.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Entonces ¿por qué no has dicho?...

ADELA. ¡Jesus! ¡Señor Conde!

TOR. ¿Cómo?... ¿ha salido usted? (Asustado.)

CONDE. Al despuntar el día.

ADELA. Eso es lo que tú llamas hacer centinela?

TOR. Pero el señor Conde habrá pasado...

CONDE. Por delante de tí.

ADELA. ¡Qué vergüenza!

CONDE. El pobre hombre creeria que estaba dando su servicio de voluntario realista. Ea, anda á recoger mi caballo, que lo he dejado ahí á la puerta cubierto de sudor.

TOR. Voy, señor Conde. (Váse.)

## ESCENA III.

ADELA, el CONDE.

ADELA. ¡Qué imprudencia!... salir así... á riesgo de que le hubiesen visto.

CONDE. ¡Qué importa!... Nadie me conoce en el pueblo; y luego me habló usted tanto anoche del jardín de la marquesa y de su bella coleccion de camelias, que me he creido obligado á saquear los invernáculos de la quinta para ofrecer á usted un ramo. (Se lo presenta.)

ADELA. (Tomándole.) ¿Y solo para eso se ha levantado usted al amanecer? ¡Ah, señor Conde!... es demasiada galanteria en un cortesano...

CONDE. No es mas que el pago de una antigua deuda; un ramillete dado á cuenta de los que hace algunos años me regalaba usted todos los dias cuando mi madre vivia en su quinta de Aranjuez.

ADELA. (Que ha ido á colócar su ramo sobre el velador y volviéndole.) Es verdad: cuando la buena señora tenia la bondad de permitir que la hija de su administrador compartiese con el heredero de su casa, niño entonces, sus juegos y sus lecciones.

CONDE. Lecciones que aprovechó usted mejor que él. ¡Recuer-

dos benditos de mi infancia!

ADELA. ¿Se acuerda usted de nuestras traducciones del *Telémaco*? porque tambien dabamos juntos las lecciones de francés.

CONDE. ¿Y nuestras lecturas del *Robinson*?

ADELA. ¡Ah, qué decidido estaba usted á habitar una isla desierta!

CONDE. A condicion de que usted fuese mi compañera.

ADELA. Y sin embargo de aquella aficion se ha acostumbrado usted á vivir en Madrid.

CONDE. Y usted se ha casado en Fuencarral. ¿Quién habia de decir que una educacion tan superior á su clase habia de conducirla á casarse con un labrador?

ADELA. Pues no crea usted que estoy quejosa de mi suerte: todo lo contrario.

CONDE. Yo supongo que Juan Perez es el cacique del pueblo. Pero, ¿dejará por eso de ser un excelente palurdo, un lugareño?... ¡Ah, Adela! no era eso lo que esperaba de aquel cariño. (Tomándole una mano.) ¿Qué se han hecho nuestros juramentos de la niñez?

ADELA. (Volviéndose hácia el velador.) ¿Á qué conduce el traer á la memoria esos recuerdos de la infancia, señor Conde?

CONDE. (Se ha turbado: apelemos al sentimiento...) ¿Á qué conduce? (Con sensibilidad cómica.) Tiene usted razon; usted los ha olvidado ya; pero yo los tengo aqui... (Señalando al corazón.) vivos y ardientes todavia.

ADELA. ¿Qué dice usted? (Con aire ligero.)

CONDE. (Fingiéndose cada vez mas conmovido.) La separacion y la distancia han hecho creer á usted que yo habia olvidado ese sueño querido de mis primeros años.

ADELA. ¿Es posible? ¡já! ¡já!

CONDE. Adela, no trato de engañar á usted: he intentado mil veces curarme de este amor; pero todos mis esfuerzos han servido solamente para hacer mas profunda la herida.

ADELA. (¡Pobre Conde!)

CONDE. Él ha estallado tambien hiriendo al mejor de mis amigos: á Carlos Montero, á quien usted conocé.

ADELA. El jóven á quien usted ha herido en su desafio...

CONDE. Si; le hablé de esta pasion superior á mis fuerzas, y se burló de ella y se la refirió entre burlas y chistes á todos sus conocidos.

ADELA. ¡Cómo! ¿y esa ha sido la causa del desafío?

CONDE. Causa que yo bendigo, puesto que me ha traído cerca de mi Adela, de la compañera de mi infancia, que no puede permanecer insensible á un amor...

ADELA. Señor Conde... (Con dignidad.)

CONDE. ¡Ah! no disimule usted, no oculte su turbacion... ¡Ah! está usted conmovida... temblando. (Al ver que Adela hace ademán de alejarse.) Escuche usted, yo se lo suplico...

### ESCENA IV.

DICHOS, ALFREDO, por el fondo.

ALE. ¡Ah! ¡perdon!...

ADELA. ¡Señor de Espinosa!... (Apartándose vivamente y como sorprendida.)

ALF. Perdone usted: reconozco que ha sido una indiscrecion entrar sin anunciarme.

CONDE. No: yo te estaba esperando...

ALF. Es verdad; y mientras llegaba... ¡Mi querido amigo!... se sabe aprovechar el tiempo. (Dando la mano al Conde.)

ADELA. Voy á advertir á Toribio que no deje entrar á ninguna persona extraña. (Saluda, y váse por la puerta del fondo.)

ALF. Y bien: me parece que la cosa marcha.

CONDE. Si, pero muy despacio!

ALF. ¡Diablo! ¿quieres que vaya como los caballos de tu tiburú, siempre al galope?

CONDE. (Con disgusto.) Has llegado justamente en el momento en que la iba obligando á explicarse.

ALF. ¡Cómo! ¿despues de dos dias que llevas en la casa te encuentras todavia asi? ¡Tú, el Lovélace del Teatro Real y del café Suizo!... Comienzo á creer que si tú adelantas tan poco aqui, si trabajas con tan poca fé, es porque tienes distracciones en otra parte.

CONDE. ¿Yo?

ALF. Tú, si; tengo desde ayer ciertas sospechas... Tú has sido en otros tiempos uno de los admiradores de la marquesa, y tu larga visita de anoche, que segun parece se ha repetido hoy al amanecer...

CONDE. No ha tenido mas objeto que verte...

ALF. ¡Ah!... ¿vas á verme cuando yo no estoy, ó cuando supones que no me he levantado todavia?

CONDE. ¿Cómo?... sospechas que yo...

ALF. Oye, Conde. Mi amistad no llega hasta permitir que me suplantes en mi plaza; y desde ahora te advierto que no lo sufriré con paciencia.

CONDE. ¡Já, já! Ahora comprendo: tus celos no son más que el amor propio herido: para consolarte de lo poco que adelantas con la marquesa, has creído necesario inventar un rival y bautizarlo con mi nombre.

ALF. ¡Inventarlo! Pues qué, además de tus pretensiones, ¿no tengo un rival confesado, ostensible, permanente, continuo, en el juez de primera instancia del pueblo?

CONDE. ¿De veras?

ALF. Viene todos los días á la quinta á hacer á la marquesa visitas interminables. Y lo mejor del caso es que como yo sospecho que le deben haber remitido nuestra filiación, no me atrevo á presentarme.

CONDE. ¡Qué diablura! De modo que mientras él hace la corte á la marquesa...

ALF. Yo me pudro oculto en mi alcoba.

CONDE. ¡Já, já! ¡Qué situación tan cómica y tan divertida!

ALF. Te causa risa, ¿eh? Pues á mí me abrasa la sangre.

CONDE. Yo me alegro de ello, porque durante tus encierros puedes entregarte al cultivo del arte, y bien pronto algún cuadro de primer orden...

ALF. Vamos, ¿tú crees como las gentes vulgares, que yo soy un pintor que pinta?

CONDE. Pues si no haces eso...

ALF. Amigo mío, eso es lo que hacían los antiguos. Yo soy conocido por el pintor que sabe mejor beber, manejar un florete, montar á caballo...

CONDE. (Famando.) Y contraer deudas...

ALF. Pero nada más que para completarme. (Preparándose á fumar.) ¡Ah! el arte, amigo mío, (Con tono profundo.) ya lo ves, exige el estudio de todas sus pasiones... el arte es un océano de fuego, un horno... Dáme una cerilla.

CONDE. Toma.

ALF. Siento que no me falta ya para hacer mi obra maestra, mas que una ocasión. Hay horas en que mi imaginación se exalta, en que me parece que tengo dentro de mi alma, las de Rubens, Murillo, Miguel Angel; pero no tengo cigarros. (El Conde le dá un cigarro. Se acercan los dos á la chimenea y se calientan.)

ESCENA V.

DICHOS, JUAN, TORIBIO.

Juan, vestido de labrador en trájese de camino, capa parda, sombrero de alas anchas, botas andaluzas, un látigo, y todo él salpicado de nieve, entra por la puerta del fondo con Toribio, sin ser vistos del Conde ni de Alfredo, que estan vueltos de espaldas.

JUAN. ¿Y dices que el señor Conde está aquí hace dos días?

TOR. Sí, señor amo: ¡calla! allí le tiene usted con su amigo.  
(Señalando á la chimenea.)

JUAN. Bien: vé á avisar á la señora que he llegado.

ALF. (Volviéndose.) ¿Quién está ahí?

JUAN. (Quitándose el sombrero.) Señores, tengo el honor...

CONDE. Calla... es alguna persona...

ALF. No, es un paleta. (Se ponen á hablar de nuevo sin hacer caso de Juan.)

JUAN. Señores, pido á ustedes perdon por haberles interrumpido; pero me acaban de decir... (El Conde y Alfredo que continúan hablando, le vuelven la espalda sin mirarle ni oírle.)  
¡Bah! parece como que no han reparado en mí todavía, serán tan cortos de vista que... (Acercándose.) Saludo á ustedes, caballeros.

CONDE. (Con distraccion.) Buenos días.

ALF. ¿Qué es eso, amigo? (Volviéndose.) ¿qué quieres?

JUAN. (Admirado.) ¡Bah!

ALF. ¡Ah, es un robusto mozo! (Mirándole de arriba á bajo con los lentes.) Me parece, amigo, que disfrutas buena salud?

JUAN. No me encuentro mal, chico, ¿y tú?

ALF. ¿Cómo?

JUAN. Nada: que no sabia que fuésemos tan amigos.

CONDE. Vamos, moceton: ¿qué necesitas? ¿qué deseas?

JUAN. Por de pronto deseo no estar bajo la nieve... (Quitándose el sombrero y sacudiéndole.)

CONDE. ¿Está nevando?

ALF. ¡Ah! es cierto. (Mirando con los lentes á Juan, que está cubierto de nieve.) Y yo no habia reparado... ¿De dónde diablos sales?

JUAN. No salgo, al contrario: entro.

- ALF. ¡Ah, ya comprendo! es el gracioso del pueblo. ¡Qué bien torneado está! ¡qué bien hecho! vuélvete un poco, amigo, que yo te pueda ver...
- JUAN. ¿Qué es lo que me podrias ver si me vuelvo?
- ALF. ¡Qué socarrón! tiene intencion y acento...
- CONDE. (Que está cerca de la chimenea.) Es menester sacar un cróquis.
- ALF. Voto á cribas que dices bien. (Sacando una cartera y lápiz.)
- JUAN. (¡Bah! quiere que le sirva de modelo.) Permítame usted, caballero...
- ALF. (Mostrándole una.) Alcánzame esta silla.
- JUAN. ¿De qué modo?
- ALF. No seas pesado: trae la silla.
- JUAN. (Se le acerca.) (Veamos en qué para esto, los señores se han propuesto que yo los sirva...)
- CONDE. Toma, desembarázame de mi sombrero. (Dándoselo.)
- JUAN. ¿Tambien? (Lo toma.) Venga el sombrero: no debe hacer gran falta cuando no se tiene costumbre de saludar. (Coloca el sombrero sobre un velador. El Conde está de pié cerca de la chimenea. Alfredo sentado delante del fuego dibujando.)
- ALF. (Á Juan.) Ahora estáte quieto, no te muevas: (Juan quiere sacudir la nieve que le cubre la capa.) no sacudas la nieve. Quiero que la dejes sobre la capa, tal como está... produce así un efecto pintoresco.
- JUAN. Será verdad, pero es una cosa muy poco á propósito para entrar en calor.
- ALF. ¿Tienes frio?
- JUAN. Demasiado.
- ALF. (Se acerca á la lumbre.) ¡Ah! ¡bah! ¡bah! Pues yo observo que el tiempo se ha reblandecido mucho...
- JUAN. Desde que está usted á la lumbre, ¿eh? Es el efecto que produce siempre el fuego! Si hay un lugar para un tercero... (Tomando una silla para acercarse.)
- ALF. ¿Qué vas á hacer? Permanece allí sin moverte! Cuando yo acabe podrás ir á la cocina... Allí el fogón será bastante ancho.
- JUAN. ¡Hombre, me gusta! (Pues señor, me echan de mi casa... Vamos á ver si es posible hacerles dejar la chimenea cuánto antes.)
- ALF. Este traje debe sentar muy bien á caballo; un efecto de nieve. (Á Juan.) ¿Has venido á caballo?
- JUAN. (Con intencion.) Sí, señor; debia haber llegado mucho an-

tes; pero he pasado por la quinta de la Marquesa para hablar al juez de primera instancia: y al salir me he detenido un largo rato con el sargento de la Guardia Civil que acaba de recibir sus instrucciones, y se dirige al pueblo.

CONDE. ¿Un sargento de la Guardia Civil?

JUAN. Si, señor; Fernandez: un sargento que es el terror de todas las gentes de mal vivir de la comarca... Ustedes deben conocerle...

ALF. ¿Salía de la quinta, dices?

JUAN. Con tres guardias mas: ¡vaya unos mocetones!

ALF. (¡Diablo!)

CONDE. (De seguro vienen...)

JUAN. ¡Pero qué! ¿no les gusta á los señores la Guardia Civil?

ALF. No del todo.

JUAN. ¡Bah! que es una gran institucion, asi lo creen los hombres honrados.

ALF. ¿Y estás seguro de que se dirigen al pueblo?

JUAN. Como que los he dejado á la entrada: ahora llegarán á la fuente.

ALF. ¡Á la fuente! (Levántase súbitamente.)

CONDE. (¡Voto á cribas!)

JUAN. No tardarán en pasar por esta calle. Puede que ya se los vea desde esa ventana...

CONDE. ¡Ah! sí... esa ventana dá á la calle. (Corre hácia una de las ventanas. Alfredo se coloca en la otra.)

JUAN. (Se apodera de la chimenea y se arrellana en uno de los sillones.) (Veamos... Ya no tengo necesidad de ir al fogón de la cocina.)

CONDE. ¿Divisas tú algo?

ALF. ¿Y tú?

CONDE. Yo no veo nada.

ALF. Pues ni yo tampoco.

JUAN. (Calentándose de espaldas.) Lo que deben hacer ustedes es esperar ahí á que pasen: entre tanto se les puede presentar una buena ocasion de estudiar las gentes á caballo *con un efecto de nieve*.

CONDE. (Ap. á Alfredo.) Si este hombre no se engaña, nos siguen la pista muy de cerca: los tenemos encima.

ALF. (Id.) Yo tengo verdadero miedo: para asegurarnos seria bueno dirigirle algunas preguntas.

JUAN. (Á Alfredo.) ¿Qué, no dibuja usted ya, caballero?

- ALF. No, mi buen camarada. (Acercándose.) Diga usted, ¿de qué habló usted con el sargento?
- JUAN. De varias cosas. De los muchos vagos que suelen venir por aquí; de lo bueno que sería hacer una leva para...
- ALF. Bien, bien: lo que yo deseo saber es si él te dijo á qué venía al pueblo.
- JUAN. Sí, señor, á cumplir unas instrucciones reservadas del juez de primera instancia.
- ALF. ¡Del juez de primera instancia!
- JUAN. Unas instrucciones relativas á unos pájaros ocultos... (Se quita la capa y la entrega á Alfredo.) Si usted pudiera ponerme esa capa por ahí... en cualquier parte...
- CONDE. ¿Ocultos dice usted? (Con agitación.)
- JUAN. Tal como usted lo oye: esas fueron sus palabras. Según parece se trata de un... de un asunto... de un lance...
- ALF. ¿De un asunto de honor... diría?
- JUAN. Eso es, de honor. (Dándole el látigo.) Perdone usted, pero este látigo me está estorbando.
- CONDE. No hay que dudar... (Bajo á Alfredo.) Si nos quedamos aquí, nos prenden antes de media hora.
- ALF. (¿Pero dónde vamos, y cómo salimos ahora?) Mira, mira cómo sigue nevando... ¡hace un tiempo espantoso!
- JUAN. ¿Usted lo cree así? (Extendiéndose delante de la chimenea.) Es extraño, porque soy ahora del parecer de usted: creo que el tiempo se ha reblandecido mucho.
- CONDE. Se me figura que este hombre se está burlando de nosotros.
- ALF. Así parece.

## ESCENA VI.

DICHOS, ADELA y TORIBIO.

- ADELA. (Fuera á Toribio.) ¿Por qué no me lo has dicho en seguida?
- JUAN. ¡Esposa mía! (Corriendo á abrazarla.)
- CONDE. ¡Su marido! (Asustado.)
- ALF. ¡El dueño de la casa!
- JUAN. (Con ternura.) ¿Cómo estás, Adelita mía? Yo venía corriendo para darte un abrazo; pero estos señores me han recibido de una manera tan amigable, me han llamado tan pintoresco con mi traje de camino, que me

han obligado á mi pesar á detenerme.

CONDE. ¿Este caballero es el arrendatario?... ¡Ah! estoy avergonzado de no haberle reconocido antes...

JUAN. Eso sucede siempre que no se le ha visto á uno...

ALF. Y yo no he adivinado nada... ¿Se comprende eso? Decididamente hay días en que se está tan tonto...

JUAN. Sí, esos son los días ordinarios para ciertas personas. Por lo demas, la equivocacion de ustedes se explica bien. (Tomando á Adela de la mano.) Cuando se vé á la arrendataria tan bien educada, tan elegante, tan linda, ¿quién adivina que un labrador tan basto como yo sea el arrendatario?

ADELA. ¿Qué es lo que dices?

JUAN. Reconozco la verdad sin disgusto. Y pues esto me recuerda todo lo que debemos á la señora condesa, me siento doblemente dichoso en poder ser útil á su hijo.

CONDE. Hace un instante nos ha llenado usted de miedo. .

JUAN. ¡Yo! Dispense usted, señor Conde, usted es quien se ha llenado de miedo á sí mismo.

ALF. Poco á poco: ese sargento de Guardia Civil que se ha encontrado usted...

JUAN. Viene en persecucion de los prófugos ocultos, segun se dice en el pueblo... Por lo demas, yo seré quien velaré ahora sobre usted, señor Conde... No perderé sus pasos, le seguiré á todas partes... (Con intencion.)

CONDE. ¡Uf!...

ALF. (¡Bravo!)

CONDE. Permítame usted, mi querido amigo: eso seria abusar de su bondad.

JUAN. No, no: es un deber. Voy á dar algunas órdenes á Toribio y vuelvo en seguida.

ALF. (Bajo al Conde.) ¡Diablo! Esto se vá poniendo malo.

JUAN. Mi querida Adela. (La toma la mano. Movimiento de disgusto del Conde.)

ADELA. ¿Qué haces? (Desasiéndose.)

JUAN. ¡Ah!... ¡ah!... es cierto: es de muy mal tono acariciarte. Un marido bien educado no debe ocuparse de su mujer; deja esos cuidados á otros... y esos otros se encuentran siempre.

ALF. (Riendo.) Siempre...

ADELA. (Turbada.) ¡Juan!...

JUAN. Pero, eh... un lugareño está dispensado de todo. (Abra.

- za á Adela.)
- ALF. (Irónicamente.) Hasta de comprender el ridículo...
- JUAN. (Dirigiéndose á él.) Cuando uno le tiene tan delante como ahora, ¿es verdad? Con licencia de usted, señor Conde; vuelvo en seguida. (Váse por el fondo; Adela por la derecha.)

## ESCENA VII.

El CONDE, ALFREDO.

- CONDE. ¡Diablo de marido!
- ALF. ¡Já, já, já! (Imitándole y riendo.) ¡Pobre muchacho!
- CONDE. Amigo mio, la cosa es seria; yo no me rio.
- ALF. Eso es precisamente lo que á mí me hace reír.
- CONDE. ¡Cómo! ¿el ver todas mis esperanzas deshechas?
- ALF. ¡Qué demonio! ¿vas á ser ahora custodiado por el marido! ¿esto es delicioso!
- CONDE. Llegar en el momento en que yo iba avanzado... ¡Qué inoportunidad! Una entrevista mas, y la victoria...
- ALF. ¡Es decir que renuncias!...
- CONDE. Quisiera verte en mi caso.
- ALF. ¿Yo? si el marido me acosaba, no necesitaria mas que una hora para desembarazarme.
- CONDE. ¡Oh! ya sé que tú no desconfias nunca.
- ALF. ¿Dudas de mi ingenio?
- CONDE. Prueba que me equivoco.
- ALF. ¿Si? pues me encargo del marido.
- CONDE. ¡Qué! ¿serías capaz de retenerle?
- ALF. Todo el tiempo suficiente para que tú obtengas una cita.
- CONDE. ¡Bah! hablas en broma.
- ALF. Hé aqui á mi víctima.

## ESCENA VIII.

DICHOS, JUAN.

- JUAN. (Desde la puerta, á Toribio.) Lleva todo eso á la señora, (Entra cargado con maleta y un par de floretes.) Dispensen ustedes, señores: acabo de enviar á mi mujer todo lo que traigo para ella: libros, cuadernos de música, cinta, lienzos... Para mí reservo esto. (Deja los diferentes ob-

jetos que trae sobre una mesa.) Afff... Hace un frio... acabo de mandar que preparen un buen ponche.

ALF. (Acercándose á la mesa en que estan los floretes.) ¡Cómo! no me equivoco... aqui hay floretes.

JUAN. ¡Ah! si: se los habia prestado al hijo del alcalde, y me los acaba de volver. (Á Toribio, que entra con los cuadernos de musica.) ¿Adónde vas con eso?

TOR. La señora me ha dicho que los ponga sobre el piano.

JUAN. ¿Dónde está?

TOR. En el gabinete del jardin arreglando sus libros. (Váse.)

JUAN. Ahora se está cansando en eso...

CONDE. Voy á ayudarla.

JUAN. Voy con usted.

CONDE. No se incomode usted; yo se lo suplico...

JUAN. De ningun modo: yo sé muy bien mi deber.

ALF. (Deteniéndole.) ¿Dice usted, amigo mio, que ha tirado algunas veces?

JUAN. Es decir que sé ponerme en tercera y en cuarta... El sacristan de la parroquia es quien me ha dado las primeras lecciones.

ALF. ¡El sacristan!... ¡já, já, já!... Siento curiosidad de saber qué le ha enseñado á usted.

CONDE. Nada mas fácil: (Presentándole los floretes.) aqui hay floretes... Veamos; señores, un asalto.

JUAN. No, perdone usted; que no me atrevo.

ALF. ¿Por qué? (Manejando su florete con un aire de seguridad ridiculo.)

CONDE. Veamos, (Obligándole á tomar el florete.) solamente algunos pases... Usted no puede desairar á un huesped.

JUAN. En fin, si el señor se empeña...

ALF. (Con sorna.) Si, me empeño en que me enseñe usted los golpes que haya aprendido del sacristan. ¡Oh! deben ser terribles.

JUAN. Será preciso obedecer.

CONDE. Muy bien: entonces los dejo á ustedes.

JUAN. Diga usted á mi señora que su amigo es la causa...

CONDE. Descuide usted, que yo haré porque olvide su ausencia.

ALF. Si, si; vé cuanto antes. (Bajo.) Aprovecha la ocasion mientras yo le retengo aqui clavado en la punta de mi florete.

JUAN. (Al Conde.) Que vuelva usted á probar el ponche... Yo cuidaré de avisarle.

ESCENA IX.

JUAN, ALFREDO.

- ALF. (Irónicamente.) Vamos, seor maestro, espero sus lecciones.
- JUAN. (Parece que está muy seguro de su ciencia. ¿Querrá divertirse á mi costa?)
- ALF. ¡Ea! ¡en guardia!
- JUAN. Se me figura que debe usted de tirar mucho.
- ALF. (Con fatuidad.) Pchs... asi, asi... tiro un poco... Vamos, atencion. (Alfredo se pone apenas en guardia y se coloca con descuido.) Una, dos... Para l. (Juan le pone un botonazo.) ¡Calla! creo que me ha tocado usted.
- JUAN. ¿Lo cree usted nada mas?
- ALF. ¡Palabra de honor! (Continúa tirando ) Por lo demas, eso sucede muchas veces... siempre que se tira con una persona que carece de principios, es lo mas fácil una sorpresa... ¡Hein! (Juan le pone otro botonazo.)
- JUAN. Es que sigo careciendo de principios.
- ALF. No: ha sido una distraccion; pero el golpe no me ha tocado.
- JUAN. Pues espere usted. (Vá á la chimenea y ennegrece la punta del florete )
- ALF. ¡Cómo! ¿qué es lo que hace usted, amigo mio?
- JUAN. Nada: estoy ennegreciendo el boton para que marque bien los golpes cuando padezca usted distracciones.
- ALF. ¡Ya! la que acabo de tener le ha dado á usted brios.
- JUAN. ¡Cá! no, señor: es una cosa que me enseñó el sacristan para evitar disputas De este modo cada distraccion quedá escrita en el chaleco.
- ALF. Bien: vamos á ver... Yo prometo no distraerme. (Se pone en guardia con cuidado, pero de modo que el público no vea su pecho. Juan se coloca delante, casi sin ponerse en guardia.)
- JUAN. Eso es... pero cúbrase usted... cúbrase usted mejor... De ese modo hay un golpe que se cuela siempre. Mírelle usted. (Le dá un botonazo.)
- ALF. ¿Cómo?
- JUAN. Hay todavia un segundo: vea usted. (Le dá el segundo botonazo.) Y si usted no libra bien el florete, puede haber todavia un tercero. Héle ahí. (Le dá )

ALF. ¡Ah!... ¡ah! (Retrocede defendiéndose.) ¡Qué cosa tan singular!... ¿Pero tira usted de veras? (Juan le pone nuevos y repetidos botonazos.) Pero, caballero, esto es feroz... insoportable.

JUAN. (Llevándole por delante bajo una lluvia de golpes.) No salte usted así... no hay nada peor... Eso le impide á usted parar, y todos los golpes llegan.

ALF. ¡Oh! todos los golpes... todos precisamente, no... Además que yo tengo el sistema...

JUAN. ¿De recibir?

ALF. Prepárese usted. Ahora empieza mi juego.

JUAN. (Desarmándole y haciéndole soltar el florete.) ¿Era ese el recurso que le quedaba á usted?

ALF. ¡Diablo! (Con la mano dormida.) ¡qué puño!

JUAN. (Haciéndole dar una vuelta.) Veamos cuántas distracciones ha cometido usted.

ALF. ¡Qué horror! (Mirando su chaleco blanco lleno de puntos negros.) Esto no se puede sufrir.

JUAN. ¡Já, já! Es usted todo un maestro.

ALF. Necesito tomar mi revancha. (Abrochándose el gaban para ocultar su chaleco.) Es preciso: empecemos de nuevo.

JUAN. Bueno; pero es menester que usted se desabotone el gaban.

ALF. ¿Para qué?

JUAN. Para acabarle de pintar lo que en el regimiento llamábamos un chaleco.

ALF. ¿En el regimiento? Ahora lo comprendo todo. Habrá usted sido en algun regimiento...

JUAN. Sargento instructor durante ocho años.

ALF. Pero, hombre, ¿por qué no me lo dijo usted antes de empezar?

JUAN. Como usted tomó tanto empeño... Á mí no me toca mas que obedecer á mis huéspedes.

ALF. (¡Y yo que habia pensado divertirme con él... Pues he hecho buen papel, mientras el otro... (Toribio entra con el ponche.)

JUAN. Aquí tenemos el ponche... (Acerca un velador á la chimenea y coloca sobre él la bandeja llena de vasos.) Amigo mio, usted perdonará si no es tan bueno como el del Suizo. Aquí no sabemos hacer el ponche por principios.

ALF. ¿Qué importa? En el campo sabe todo bien.

JUAN. (Á Toribio.) ¿Has avisado al Conde? Debe estar con la

- señora en la pieza de los libros.
- TOR. ¡Cá! no, señor... Cuando entró el señor Conde, mi ama se acordó de que tenía que hacer... pero él ha quedado allí.
- ALF. (Para escribirla, sin duda.)
- TOR. Voy á llamarle.
- ALF. No, déjale... porque cuando no viene estará ocupado.
- JUAN. ¡Ah! eso es otra cosa.
- ALF. Bebamos: el ponche refresca la sangre.
- TOR. (Estos señoritos de Madrid parece que se burlan de todo... Pues como al amo se le suba el humo á la chimeña...)
- ALF. Vamos, siéntese el amigo Juan... aqui al pie del velador, porque esta vez me toca á mí tomar la revancha... Advierto á usted que he enterrado á tres ingleses. (Demos tiempo á que el Conde obtenga una cita.)
- JUAN. ¡Bravo! ¿Ha aprendido usted también á beber por principios? Yo quisiera verle á usted frente á frente del sacristan. Días pasados con el sargento de la Guardia Civil...
- ALF. ¡Ah! á propósito de la Guardia Civil: ¿sabe usted que hace poco me dió un susto...
- JUAN. ¿De veras? ¿Le contraria usted mucho abandonar la quinta de la marquesa? Comprendo: cuando se está bien en una parte...
- ALF. ¡Ah, amigo Juan, amigo Juan! nada de ilusiones. Todo lo que se dice es mentira.
- JUAN. Pero si no se dice nada.
- ALF. Bebamos, bebamos mientras otros...
- JUAN. ¡Qué!
- ALF. No beben. ¡La marquesa es tan hermosa! (Beba y procura durante la escena achisparse, creyendo achispár á Juan.) Como soy pintor, busco lo bello por todas partes. Beba usted, caramba. (Beba.)
- JUAN. Todo, todo eso es en interés del arte.
- ALF. Todo, amigo mio, todo.
- JUAN. Falta saber si el marido que no es artista, lo comprenderá del mismo modo.
- ALF. ¿Cómo?
- JUAN. Pueden llegar á sus oídos ciertos rumores...
- ALF. No me gusta la moral, compadre.
- JUAN. ¿Le gusta mas el ponche?

- ALF. Mucho mas... (Mirando la ponchera.) ¿Pero ya se ha acabado?
- JUAN. Traerán mas.—¡Toribio!
- ALF. No... no... rom... solo rom... *Rom... for... ever.*
- TOR. (Entrando.) Señor...
- JUAN. Rom y azucar.
- TOR. Aquí está. (Trayéndolo en una bandeja.)
- ALF. ¡Ah! me has adivinado.
- JUAN. ¿Y el señor Conde?
- TOR. Ha dicho que vendrá en acabando.
- ALF. ¡Já, já!
- JUAN. ¡Cómo! ¿qué significa esa risa?
- ALF. Nada, nada... compañero... ¿qué te importa? Bebe... bebe... Es que el Conde trata de darle á usted una sorpresa.
- JUAN. ¿Á mí? (Levántase con exaltacion y llamando á Toribio aparte.) ¿Dónde dejás al Conde, gznápiro?
- TOR. Señor, ¿se le ha subido á usted el ponche á la cabeza?
- JUAN. ¡Bárbaro, responde!
- TOR. (¡Malo! que me llama por el apellido.) Al salir del cuarto de los libros me ha entregado esto. (Le enseña un album.)
- JUAN. ¡Un album! ¿Para quién?
- TOR. Para el ama.
- JUAN. Bien: yo me encargo de entregárselo.
- TOR. Cá, no, señor: si me ha dicho que se lo diera yo en propia mano sin que nadie lo viese.
- JUAN. ¡Hola!
- ALF. ¿Qué es eso? (Que se ha ocupado en quemar el rom, volviéndose.)
- JUAN. (Alto á Toribio.) No me has entendido: que traigas otra botella de rom!
- TOR. (Asombrado.) ¡Otra botella! pero si estabamos hablando.
- JUAN. Vé en seguida.
- TOR. Pero...
- JUAN. Nada de contestaciones: obedece y calla.
- ALF. (Riéndose.) (No se pueden entender. El amo no sabe lo que se dice, y el criado es un estúpido... ¡Ah, Conde, cómo estoy trabajando la viña!)
- JUAN. (Ardo en deseos de saber lo que contiene este album... algun dibujo, alguna poesia alegórica. (Hojeando.) ¡Calla, un billete!

- ALF. Ea, venga usted á probar este rom, que no es del todo malo...
- JUAN. Allá voy, ¡voto al demonio! (Leyendo.) ¡Está en francés!
- ALF. ¿Qué habla usted de francés, compañero? ¿Le sabe usted tambien?
- JUAN. Desgraciadamente es lo único que no ha podido enseñarme el sacristan.
- ALF. Una lengua excelente, amigo mio... ¡Y la única! (Tarea con aire de voudeville.)
- JUAN. ¿De veras? (Si yo pudiera por medio de este imbécil saber...) (Á Alfredo, que continúa cantando.) ¿Con que usted canta en francés? Se me figura que esa es tambien la lengua que ustedes han elegido para comunicarse.
- ALF. ¿Qué es lo que le hace á usted pensar?
- JUAN. Que en unos cuadernos de música que me entregó esta mañana la marquesa para Adela, he encontrado un billete olvidado sin duda, y que debe haber sido escrito por usted.
- ALF. ¿Por mí?
- JUAN. Ó por el Conde, porque está en francés.
- ALF. ¿Está usted seguro?
- JUAN. Vea usted si me equivoco. (Dándole el billete.)
- ALF. ¡La letra del Conde! (Leyendo.) «Fam trop emé, il fó que »ye vu parl » (Está escrito segun se pronuncia.)
- JUAN. ¡Ah!... Usted sabe leer, pero no sabe traducir.
- ALF. ¿Eso cree usted?
- JUAN. (Con socarroneria.) Vaya si lo creo.
- ALF. Pues escuche usted lo que dice... «Adorada mia, necesito hablar á usted... La tranquilidad y la dicha de los »dos depende de lo que la pido.»
- JUAN. ¿Eso dice?
- ALF. Y algo mas. Oiga usted. (Continúa traduciendo.) «Pero como nuestra entrevista podria ser interrumpida por algun importuno, la espero á usted al pié de la ventana »que dá al jardin... El ramo de camelias arrojado desde »el balcon de su cuarto de usted me servirá de señal.»
- JUAN. ¿De camelias?
- ALF. ¡Ah! ya caigo... (Como herido de una idea repentina.) Las flores favoritas de la marquesa... Esta mañana las llevaba todavia en la cabeza... ¡Qué traicion!... Ahora comprendo por qué el Conde fué esta mañana al amanecer á la quinta. ¡Miserable! Por eso me hacia creer que se

dirigia á su mujer de usted.

JUAN. ¡Cómo! ¿qué es lo que usted dice?

ALF. Si; que fingia cortejar á Adela, compañera de su infancia, como él dice.

JUAN. ¿Pero usted cree que ha vuelto á casa de la marquesa?

ALF. Estoy seguro de ello. (Toma el sombrero.)

JUAN. Entonces no le detengo á usted.

ALF. Pero no sabe él... Cuando me pongo furioso soy un Otelo... ¡Desgraciado!

## ESCENA X.

JUAN.

El vino le ha producido un ataque de romanticismo... Pero dejemos los cuentos de ese tonto, y pensemos en los míos. Conque esta carta es para Adela... (Con indignacion.) ¡para mi mujer!... De modo que yo he recibido á ese canalla en mi casa para proporcionarle la ocasion de intentar mi deshonor! ¡Ah, esa es una cobardia, una infamia! y voy á demostrarle... (Con violencia.) ¿Qué es lo que voy á hacer? (Deteniéndose y cambiando de tono.) Ese seria un escándalo... vulgar, inútil y ridículo... Señor Conde, la partida está empeñada... es preciso ganarla! Creo que no será difícil, puesto que conozco vuestro juego. ¡Ea! la lucha ha comenzado...

ADELA. ¿Pero tú estás seguro? (Fuera.)

TOR. Segurísimo.

JUAN. (Mirando hácia el fondo.) ¡Adela con Toribio! Volveré cuando esté sola. (Váse.)

## ESCENA XI.

TORIBO, ADELA por el fondo.

ADELA. ¿Conque dices que el señor Conde te la entregó para mí?

TOR. Para que se le diera á usted en propia mano; pero el señor se empeñó...

ADELA. ¡Dios mio! ¿si encerraria alguna cosa?...

TOR. Yo le dije que era para usted...

ADELA. ¿Y dónde le puso?

- TOR. ¡Ah!... aqui le tiene usted. Le ha dejado sobre el velador. (Poniendo en su sitio el velador, donde está la bandeja.)
- ADELA. ¡Es un album!.. ¡Ah! (Le toma y se pone á hojearle.) Por lo visto no hay nada... A lo menos yo no lo veo... ¡Qué lindas piezas!.. Mira, puedes volver á tus quehaceres. (Observando que Toribio la mira.)
- TOR. ¡Ah! ¿el ama no me necesita?
- ADELA. No, vete... No oyes... (Con impaciencia.)
- TOR. Me voy, señora, me voy.

## ESCENA XII.

ADELA, sola, continúa hojeando.

Vamos, en el album de música de la marquesa... He pasado un miedo... ¡El Conde tiene una audacia!.. ¡Cuidado si me hubiese escrito, y la carta hubiese caído en manos de mi marido!...

## ESCENA XIII.

ADELA, JUAN.

- JUAN. Larán... la... larán... (Tatareando.)
- ADELA. ¡Ah! (Cierra el album y lo pone sobre el velador.)
- JUAN. ¡Calla! ¿tú aquí? (Fingiéndola verla en aquel instante.) CON un ramo... ¡Oh! ¡Camelias!... (Retrocediendo.)
- ADELA. ¿No te gustan las camelias?
- JUAN. No... las odio desde la infancia...
- ADELA. ¿Y por qué?
- JUAN. No habia yo cumplido diez años, cuando en casa de mi tío el cura, de cuya afición á las flores te he hablado varias veces, me ocurrió la idea infernal de arrancar todos los botones de la única camelia que tenia en su invernadero.
- ADELA. ¡Qué diablura!..
- JUAN. La familia se constituyó en tribunal, y decidió por unanimidad que para hacerme reconocer en adelante el fruto prohibido, se me diera una lección de botánica. (Hace el ademán de quien recuerda los azotes.)
- ADELA. ¡Oh! ¡qué ocurrencia!
- JUAN. Ya ves qué afrenta tan sensible para mi amor propio...

La impresión fué tan honda, que aun hoy mismo no puedo ver una camelia sin figurarme que en aquel momento estoy en la humillante postura en que me enseñaron á respetarlas.

ADELA. ¡Já! ¡já! ¡já!

JUAN. Comprendo que es una preocupacion muy ridícula; pero ¿qué quieres? no lo puedo remediar, me ataca á los nervios. Asi pues, Adela mia, (Con tono suplicante.) si quisieras ser tan buena, tan complaciente conmigo como siempre, me sacrificarías ese ramo...

ADELA. ¿Y por qué? ¡Es tan hermoso!...

JUAN. Pues mira, nada de sacrificios... Yo te propongo un cambio... (Tomando un rollo que está colocado sobre una silla.)

ADELA. ¡Ah!... un cambio! y yo que no habia reparado...

JUAN. (El Conde está allí, (Mirando con precaucion por la ventana.) esperando la señal.) Si, pero á condicion que yo no te he de decir lo que contiene este rollo.

ADELA. Eso no: yo quiero saber antes si gano ó pierdo. (Yendo á tomarle.)

JUAN. Nada: entonces (Deteniéndola.) no tendria mérito el sacrificio. ¿Aceptas asi, ó...

ADELA. Acepto. Toma el buquet. (Se le presenta.)

JUAN. ¡Oh! no quiero verle, (Retrocediendo.) ni mucho menos tocarle...

ADELA. ¿Entonces qué hago? (Juan le indica con el gesto que lo tire por la ventana.) ¿Que lo arroje por la ventana?

JUAN. Si, eso es... (Adela lo arroja.) ¡Muy bien, gracias. (La dá el rollo.)

ADELA. ¿Conque ya me pertenece? (Tomándole y viniendo al fondo de la escena.)

JUAN. Si. ¡Oh, le ha recogido! (Asomándose á la ventana y se retira.)

ADELA. Veamos lo que contiene. (Desata el rollo.)

JUAN. ¡Hola! (Volviendo á asomarse á la ventana.) ya atraviesa el patio.

ADELA. ¡Una manteleta de terciopelo!

JUAN. Se dirige al jardin: bueno... buen planton le espera! (Sale á cerrar la puerta del jardin por donde supone que ha entrado el Conde, y entra con la llave en la mano.)

ADELA. ¡Ah! es una manteleta de terciopelo con blondas... (Las examina.) como las de la marquesa... ¡qué linda! ¡qué elegante! (Con alegría.) ¡Y yo que hace tanto tiempo deseaba una!... (Cambiando de tono.) Pero, Juan, sabes que

has hecho muy mal en gastar un dineral que te habrá costado... Yo debiera castigarte no poniéndomela.

**JUAN.** ¡Adela mia!

**ADELA.** Me mimas demasiado... ¿No tenia yo bastante con el placer de volverte á ver, despues de seis dias de ausencia?

**JUAN.** Es verdad... seis dias bien tristes. Por eso he precipitado todos mis negocios... sobre todo desde que supe que el Conde se habia refugiado en nuestra casa.

**ADELA.** ¿Lo has sabido por la condesa?

**JUAN.** No, por su primo, que me ha contado lo sucedido...

**ADELA.** ¡Qué! ¿Tú sabes la causa del duelo?

**JUAN.** Con todos sus detalles.

**ADELA.** (¡Dios mio!)

**JUAN.** ¡Buena calaverada ha estado! ¡digna de la tal Paquita!

**ADELA.** (Y queria hacerme creer que yo habia sido la causa.)  
Eso es vergonzoso...

**JUAN.** No, querida mia; tú no comprendes que la gente de gran tono, no puede vivir como nosotros los pobres mortales, consagrados á una pobre mujer, trabajando para satisfacer sus deseos, y no pensando mas que en ella...

**ADELA.** Si... y en nada reparan... (Con indignacion.) no se toman el trabajo de saber si hay mujeres á quienes las persecuciones parecen injuriosas....

**JUAN.** ¡Cómo! ¿El señor Conde ha intentado distraerte?

**ADELA.** Yo no sé; pero hay sin duda en el gran mundo costumbres.... maneras... á las que yo no podré nunca habituarme, y que el señor Conde no volverá á usar.

**JUAN.** ¡Voto á!... De eso me estoy ocupando en estos momentos.... de impedir que vuelva á repetir las.

**ADELA.** ¡Ah! ¡cuánto me alegro! (Vivamente.) ¿Es decir que pronto estaremos juntos, libres y enteramente solos?

**JUAN.** Si; pasaremos (Tomándole la mano.) el invierno sin testigos, enteramente (Llevándola á la chimenea.) solos; pero mas cerca del fuego.

**ADELA.** Si; aqui. (Señalando al confidente que está delante de la chimenea.)

**JUAN.** Eso es... tus lindos pies (Sentándose.) sobre este taburete. ¡Qué dulce es para un marido que ama á su mujer estar asi á su lado.... (Sobre todo cuando sabe que el amante está en el jardin.)

**ADELA.** Si, si... es muy dulce estar asi... tan cerca del fuego

mientras la nieve cae fuera...

JUAN. Es verdad que cae de firme. (Mirando hácia la ventana.)

## ESCENA XIV

DICHOS, el CONDE, abriendo bruscamente la ventana con reja que hay á la derecha y asomándose á ella.

CONDE. ¡Oh! ¡esto es insufrible!

ADELA. ¡El señor Conde! (Levántase y dando un grito.)

JUAN. Tómese usted (Tranquilamente.) la molestia de pasar adelante, señor Conde.

CONDE. ¡Ah! (Con la nariz morada tiritando de frio.) Cuánto siento haber interrumpido...

JUAN. No, nos estábamos entreteniendo.

ADELA. Pero ¿qué gusto tiene usted (Con embarazo.) en estar en el jardín?

CONDE. Qué gusto extraordinario... (Dando patadas para entrar en calor.) Como que hace media hora que estoy disfrutando de ese placer cubierto de nieve...

ADELA. ¡Dios mio!

JUAN. ¡Pero, hombre! y nosotros aqui entre tanto juntitos á la lumbre... gozando del placer contrario... ¡Qué diversidad de opiniones! Esa es una ocupacion que debe refrescar mucho las ideas... (El Conde le vuelve bruscamente la espalda y empieza á patear con furia.)

CONDE. ¡Caballero!...

JUAN. Voy á echar un tronco mientras usted...

## ESCENA XV.

DICHOS, ALFREDO, por el fondo.

ALF. ¡Es inicuo, afrentoso!...

ADELA. ¡Ah! el pintor su amigo...

ALF. Pero estoy dispuesto á no sufrirlo. ¡Ah! amigo mio, vengo de casa de la marquesa.

JUAN. ¿Y no la ha encontrado usted en ella?

ALF. Al contrario: he encontrado á los dos.

JUAN. ¿Cómo á los dos?

ALF. A la marquesa y al juez juntos.

JUAN. ¡Já, já!

- ALF. Y no comprendo cómo el Conde ha podido escribir platónicamente á una mujer...
- ADELA. ¿Qué dice?
- CONDE. ¿Qué dices de mí, (Asomándose.) majadero? ¿Cuándo he escrito yo...
- ALF. ¡Ah! que estás ahí! El señor me ha dado á leer tu carta.
- ADELA. ¡Ah! (Comprendiendo.)
- CONDE. ¿Conque usted sabia... (Encarándose con Juan.) todo me lo explico. (Juan le saluda.) He sido vendido por esa señora?
- ADELA. ¿Por mí?
- JUAN. No, es á mí únicamente á quien debe usted agradecer su placer.
- CONDE. Falta saber la moneda con que yo quiero pagar á usted sus favores. (Con cólera mal reprimida.)
- JUAN. En la que usted guste. (Con mucha flema.)
- CONDE. Yo no sufro (Conteniéndose menos.) de nadie impunemente una burla, un encierro...
- ALF. ¿Pero estás encerrado, enjaulado como un oso?
- JUAN. ¡Ah! es verdad... Ahora que me acuerdo. Tengo yo la llave en el bolsillo. (Alargándose.) Tome usted, señor Conde. La costumbre de cerrar para que no entren los perros...
- ALF. Usted es un hombre feroz.
- JUAN. No; soy simplemente un hombre que cuida de su casa.
- CONDE. Caballero, yo acostumbro (Entrando.) á pedir cuenta de todos los insultos que...
- JUAN. Y yo á darla... (Adela se adelanta á él arrojando un grito. Juan la separa y dice con dignidad.) El señor Conde se ha equivocado en la palabra que acaba de usar.
- CONDE. De ningun modo: la sostengo...
- ALF. No seas bárbaro; (Bajo.) mira que te ensarta.
- CONDE. ¿Qué me importa?
- ALF. Pues á mí sí.
- JUAN. Entonces se ha equivocado en la persona. Aqui no hay mas insultos ni mas burla que la que el señor Conde trataba hacer de mí, del marido... Y no comprendo cómo se atreve todavía á quejarse de no haberlo conseguido... Es decir, que yo por cortesía, por amabilidad, debia haberme resignado á ser... á ser vencido...
- ALF. (Es el primer marido que he visto oportuno.)
- CONDE. Sin embargo... (Cortado.)

JUAN. Por lo demas, yo me atrevo á preguntar que en qué se fundaba para creer que triunfaria en la lucha. Veamos francamente y sin vanidad... es que se cree mejor mozo... mas guapo...

CONDE. ¡Caballero!... (Con embarazo.)

JUAN. Veamos: decide tú... (Á Adela.)

ADELA. ¡Ah! (Apoyándose en sus brazos.)

JUAN. La respuesta es clara... falta saber quién tiene mas talento... Yo desde luego confieso que es el señor Conde... Pero ¿por qué no se ha servido usted de él en esta ocasion?

CONDE. Acabemos. (Con impaciencia.)

JUAN. Y en cuanto al amor... (Besando la mano de Adela.) nosotros los campesinos ciframos la dicha en amar á una sola mujer, y no tenemos distracciones... ni en la ópera... ni...

ALF. ¡Sopla!

CONDE. ¡Cómo!

ALF. Chico, no hables, (Bajo.) te dá cinco, catorce y el punto.

CONDE. Pues bien, (Haciendo un esfuerzo.) lo confieso... el triunfo de usted es completo... seria de muy mal gusto no reconocerlo.

ADELA. Entonces... (Vivamente.) yo espero que el señor Conde no nos guardará rencor.

JUAN. ¿Y por qué? (Con candor.) Ya verás como nos escribe despues de su partida.

CONDE. ¡Mi partida!

JUAN. Si... Como creia que el señor Conde no se miraba aqui seguro... he hecho que el alcalde me dé dos cédulas de vecindad.

ALF. (Esto es hacernos la maleta.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, TORIBIO presentando las cédulas á Juan.

TOR. Aqui está esto, señor, de parte...

JUAN. Bien. (Tomándolas.) Dí que preparen el birlocho.

ALF. Pero dos cédulas de vecindad...

JUAN. Si... he comprendido que usted no querria abandonar á su amigo.

ALF. Y ha acertado usted.—Despues de la que me ha jugado

- la marquesa, solo deseo perderla de vista.
- JUAN. Me resta decir al señor Conde, que si necesita cien onzas para continuar su viaje...
- ALF. ¿De veras?... ¿usted puede disponer aqui en el campo... En un pueblo hay quien tiene...
- JUAN. Si, amigo mio... no somos bastante ricos para tener deudas.
- ALF. Pues señor... En otro tiempo se miraba á los lugareños como pobres diablos... como zopencos... Por lo visto ese tiempo ha pasado, y ahora tienen...
- CONDE. Talento...
- ADELA. Corazon sobre todo. (Tomando la mano de Juan.)
- ALF. Pero esto es increible... Si ya no hay lugareños, ¿dónde estan los tontos?
- JUAN. Los tontos (Dándole con la mano en el hombro.) se han refugiado en la córte.
- ALF. ¡Já! já!... ¡Es verdad, en la córte!

**FIN DE LA COMEDIA.**

---

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada si se suprime lo atajado en la escena XIII.*

*Madrid 15 de Setiembre de 1859.*

El censor de teatros.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

*NOTA. Quedan hechas las supresiones que marca la censura.*

EL AUTOR.

rid en 1818.  
rid á vista de pájaro.

ro y Blanco.  
gano se entiende, ó un hom-  
e tímido.  
leza contra nobleza.  
es todo oro lo que reluce.

mpia

pósito de enmienda.  
car á rio revuelto.  
ella y por él.  
a heridas las de honor, ó el  
esagravio del Cid.  
la puerta del jardín.  
eroso caballero es D. Dinero.  
ados veniales.

te convido al Coronel...  
en mucho abarca.  
té suerte la mía!  
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imágen  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuracion fementina.  
Un domine como hay pocos  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabetica.  
Una noche en blanco.

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una leccion reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocacion.  
Un retrato á quema ropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de córte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serrania de Ronda.

## ZARZUELAS.

géllica y Medoro.  
mas de buena ley.  
cual mas feo.

aveyina la Gitana.  
pido y Marte.,  
ñiro y Flora.

Sisenando.  
ña Mariquita,  
n Crisanto, ó el Alcalde pro-  
veedor.

l Bachiller.  
doctrino.  
ensayo de una ópera.  
calesero y la maja.  
perro del hortelano.  
n Ceuta y en Marruecos.  
T leon en la ratonera.  
l último mono.  
redos de carnaval.  
delirio (drama lirico).  
l Postillon de la Rioja (*Música*)

El Vizconde de Letorieres.  
El mundo á escape.  
El capitan español.  
El Corneta.  
El hombre feliz.

Juan Lanas. (*Música.*)

La lítera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos Flamantes.  
La modista  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo  
La hija de la Providencia.  
La Roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la córte.  
La venta encantada.  
La loca de amor, ó las prisio-  
nes de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)  
La Toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.  
Morcto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.

## PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

### PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Perez.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Martí.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Almenara.	Idem.....	Cañavate.
Alicante.....	Ibarra.	Mataró.....	Abadal.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered.de Andrión.
Avila.....	Palomares.	Orense.....	Robles.
Badajoz.....	Rino.	Orihuela.....	Berruazo.
Barcelona.....	Hered. <sup>a</sup> de Mayol.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	Cerdá.	Oviedo.....	Mántaras.
Bejar.....	Coron.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Barrena.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cádiz.....	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real....	Arellano.	San Fernando...	Meneses.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Santa Cruz de Te-	
Coruña.....	Garcia Alvarez.	nerife.....	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	García.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Pujol.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	Mestre.	Valencia.....	Moles.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Galindo.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	C. Treviño.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.